do; Dios no se habia revelado bajo la forma del amor; la caridad pecaba por falta de extension, y no se practicaba mas que entre los iniciados; el esclavo, el extranjero no eran admitidos á la iniciacion; las preocupaciones de raza penetraban hasta el seno de los santuarios.

Como quiera que sea, el dogma de las vidas sucesivas no habia revestido el carácter de grandeza, que las ideas modernas nos permiten darle. Todas las nociones de progreso humanitario, del órden y de la jerarquía de los mundos, de la unidad de los séres por la caridad, no habian llegado á brotar. El dogma de las vidas sucesivas tenia ya su base en la hipótesis de la preexistencia; se vé por todas partes, esta hipótesis dominar las creencias antiguas y pasar á la doctrina exotérica del pecado original; solamente esta doctrina privada del eslabon que la liga al pasado de las tradiciones, á la armonía y á la gerarquía de los mundos, al estado subalterno de nuestro globo, mansion de la expiacion no ménos que de la prueba; esta doctrina aislada no ha sido mas que una concepcion monstruosa é imposible de admitirse por todo espíritu que no hubiese perdido el sentido de los antiguos mithos. La preexistencia era enseñada á los iniciados. [1] Diré en seguida lo que pienso de ese dogma tan venerable por su antigüedad, y por la luz que arroja en la explicacion de los destinos terrestres. Haré comprender suficientemente que sin él todo es desórden en la Tierra; que por solo él se encuentra ligada al conjunto; que el defecto de la parte no es mas que una apariencia transitoria, sirviendo á la belleza y á la unidad del todo; que asi nuestro planeta está colocado en condiciones físicas correspondiendo al rango que ocupa en la creacion y al estado moral de sus habitantes; que la cuestion del mal no es una, puesto que los defectos de nuestra morada y de nuestra naturaleza, tienen su razon y su necesidad en el plan general del universo.

1 En su *Tratado de los misterios egipcios*, Jamblico ha escrito: Antes de ser desterrado á un cuerpo, el alma habrá oido la armonía de los cielos; si acentos análogos á estos divinos acordes de que se acuerda siempre vienen á herirla, estremecida, es arrebatada por ellos y trasportada. (Sec. III. cap. 9.)

Jámblico ha escrito un pasaje notable: "La justicia de Dios, dice, no es la justicia de los hombres. El hombre define la justicia conforme á las relaciones sacadas de su vida actual y de su estado presente; Dios la define relativamente á nuestros existencias sucesivas y á la universalidad de nuestras vidas. Asi es que las penas que nos aflijen, son á menudo el castigo de un pecado de que el alma se habia hecho culpable en una existencia anterior. Algunas veces, Dios nos oculta la razon de ello, pero nosotros debemos dejar de atribuirlo á su justicia." [1] Es imposible encerrar en ménos palabras mas magníficas advertencias, sobre el problema de la vida humana: desgraciadamente tales pensamientos son raros en las obras de Jámblico. Este es un relámpago de verdad que surca

1 Tratado de los misterios egipcios. Sec. VI cap. 4 edic. cit.

las profundas tinieblas de errores manifiestos y condenados. Jámblico habia sido iniciado en los Misterios, se habia inspirado en los manantiales de la sabiduría y de la tradicion antigua, pero no supo discernir siempre el oro puro de la liga á que estaba mezclado. Con todo eso, y para nuestro objeto, la cita precedente tiene una inmensa importancia; desarrollemos sucesivamente todas las consecuencias que de ella se deriyan.

La justicia humana se define conforme á las consecuencias sacadas de la vida actual y de nuestro estado presente. Esta justicia se encuentra ofendida muchas veces por el concurso de los destinos terrestres; aquel ve que todo acontece á medida de sus deseos; este otro es presa de todos los dolores y disgustos; uno obtiene por su nacimiento riquezas, posicion social, honores y bienestar; el otro no ha heredado de sus padres mas que lágrimas y pobreza. Al primero todo le sonrié, todo se prepara, su venida al mundo es un dia de fiesta, para él, las dulces caricias, el amor y la proteccion de una orgullosa paternidad; el nacimiento del segundo, al contrario, es un aumento de familia, es casi una desgracia.

Y todo esto ¿por qué? ¿De dónde viene la diferencia? ¿Por qué para unos toda la miel, y para otros toda la amargura de la vida?

La justicia humana no puede dar explicaciones satisfactorias.

¿Quién, pues, resolverá el problema?

¡La justicia de Dios! y ¿cómo?

Es porque esta justicia está definida relativamente

á nuestras existencias sucesivas y la universalidad de nuestras vidas.

Y como si el pensamiento no fuera bastante claro, Jámblico añade, que los sufrimientos de esta vida, son la pena de un pecado cometido en una existencia anterior; termina, en fin, por una admirable conclusion:

Aunque no percibamos la razon de nuestro estado presente, no debemos dejar de atribuirlo á la justicia de Dios.

No vacilo en proclamar con toda la sinceridad de mi corazon, que la enseñanza moral que dimana de esta máxima, me parece infinitamente mas grande que la doctrina ordinaria.

¿Qué dicen los predicadores cristianos?

Los males de la Tierra, la miseria, las desazones, el duelo, los dolores, son pruebas que Dios nos envia; bienaventurados los que sufren en este mundo, porque ellos serán consolados en el otro.

Esta es la verdad ciertamente, pero hay en esta enseñanza un lado por el cual su eficacia no está asegurada y se encuentra sobre todo disputada en nuestros dias.

Admitamos que los males de la vida sean pruebas; pero ¿por qué á unos un camino tan fácil, tan risueño, tan llano? ¿por qué á otros tantos obstáculos y tantas espinas? ¿Por qué tan grande diferencia en los lotes de la felicidad?

La estrechez actual de la teología consiste en que no abraza mas que un lado de la existencia terrestre,

el de la prueba, y omite otro no ménos real, el de la expiacion. El cristianismo tiene razon de decir:

Bienaventurados los que sufren, porque las pruebas sufridas son un encadenamiento á una suerte mas dichosa; pero aun debia decir y lo dirá mas tarde: No os quejeis porque sufris, Dios es justo, nada es dejado á la casualidad y á la fatalidad. Así es que, cuanto acontese en la Tierra, aunque no percibamos la razon de las cosas, no por eso debemos referirlo á injusticia divina. ¿No es cierto que esta idea es la mas moral, la mas consoladora y verdadera?

La teología no ha impedido las locas utopías que se han producido en nuestros tiempos; es impotente para contener las quejas y las tentativas del proletariado moderno. Se ha perdido de vista el encadenamiento y el fin de los destinos humanos; se ha querido aislar al hombre del conjunto de las creaciones, no ver en su estado presente la consecuencia de un pasado indubitable á pesar de su oscuridad, y de aquí resulta que el hombre se ha hecho centro, que ha olvidado su orígen, su mision y su fin, que ha explicado el mundo terrestre y sus relaciones por una fatalidad inexorable; que perdiendo á la vez el recuerdo del camino que ha recorrido, y el presentimiento del fin que debe alcanzar, se ha puesto á maldecir cuando debia resignarse y esperar, ó renegar de sus pruebas cuando debia sufrirlas y sobreponerse á ellas; lo que era para él un castigo merecido ó una faz necesaria para su felicidad, lo ha visto como una ironía del destino. De un modo constituido así, la idea de Dios debia borrarse pronto.

Muy cerca está de negarse, cuando en ninguna parte se percibe el dedo de la Providencia. Como no habia que luchar contra su voluntad soberana, sino solamente contra la ciega deidad del Hado, los pensadores han soñado el paraiso en la Tierra; las desgracias de nuestra morada y de nuestra sociedad, son por ellos atribuidas á una organizacion viciosa, y cuando las reformas se realicen el mal desaparecerá con su causa; las desigualdades sociales quedarán abolidas; la fraternidad reinará sin division entre los hombres. A estos bellos sueños no faltan mas que dos condiciones: que los habitantes de la Tierra sean ángeles, y que la misma Tierra sea una mansion de delicias; lo que no puede suceder, sino en el porvenir y por una distribucion de almas superiores. Que la humanidad se mejore progresivamente, que nuestro globo se eleve poco á poco en la escala de los mundos, que la suerte de las clases desheredadas sea singularmente mejorada, lo creo, lo espero; pero cuando la humanidad haya llegado á su término de perfeccion, será transfigurada, participará de la unidad bienaventurada de las sociedades celestes; las condiciones de vida, de progreso, de adelanto gerárquico serán cambiadas. Tal como existe hoy, es poca cosa, y su mision es precisamente llegar á ser algo. He escrito en otra parte sobre sus progresos pasados y futuros inútil es repetirlo. Como quieraque sea, para el presente prefiero el sublime pensamiento de Jámblico á todo cuanto se ha dicho á este respecto: él es la sola y verdadera base de la moral humana. Aceptar con resignacion el lugar que nos está asignado á cada uno, lle-

nar nuestro cometido en los límites de nuestro poder y de nuestras facultades, será el mas alto secreto de la sabiduría, el mas seguro medio de servir á la humanidad, á la cual estamos ligados durante nuestra corta estacion en la Tierra. Es probable que estas estaciones están en relacion, en su duracion y sus modos, con las exigencias de cada una de las sociedades diversas, de que podemos llegar á ser miembros sucesivamente, y que de esta suerte, el órden, la condicion de las pruebas, su agravacion como su atenuamiento, se encadenan con el conjunto y el desarrollo de nuestras existencias, con las proporciones de nuestros méritos y nuestras faltas, como con la grandeza de los destinos á que Dios nos convida.

Concluimos de todas estas citas y de todas estas comparaciones:

1.° Que la inmortalidad del alma ha sido enseñada en los antiguos misterios;

2.° Que la doctrina de la preexistencia y de las vidas sucesivas ha sido la forma de esta enseñanza.

Sin duda los Misterios han estado, como todas las obras terrenales, mezclados de mal y de impureza; pero es necesario guardarse mucho de imitar, en su apreciacion, la ceguedad de M. de Mirville, que no quiere ver en ellos mas que el elemento malo que él atribuye, segun su preocupacion habitual, á Satan y á los demonios. Estimamos en mas, el juicio que forma de ellos el sabio de Chéroneo, el buen viejo Plutarco, cuando dice que "lo mas á menudo, *excelentes espíritus intervenian* en los Misterios, aunque alguna vez, los

perversos procurasen introducirse allí;" la verdad es esta. Nosotros verémos mas tarde que Satan y sus satélites, considerados como Espíritus del mal, eternamente inmóviles, provienen de una concepcion delirante y falsa, que sin duda hay Espíritus malos, pero, progresando á su vez hácia el bien, y nosotros declaramos altamente preferir la demonología de Plutarco á la de M. Mirville, y de algunos cristianos exagerados que la acogen. En este capítulo no hemos hablado mas que del lado bueno de los Misterios; lo terminarémos por las observaciones llenas de verdad y de oportunidad de M. Adolfo Bertet en su libro del *Apocalipsis del bienaventurado Juan.*

Todos los cultos, diferentes en nombre, han estado de acuerdo sobre la unidad del verdadero Dios, y aun sobre la trilogia ó la necesidad del ternario en la enumeracion de los atributos esenciales de la divinidad; asi es que todos los sabios han acabado por reconocerla en el estudio profundizado de las diversas iniciaciones secretas

Poco importa que este Dios único sea llamado *Brahma* en el neutro, ó *Parabavastou,* y que su ternario se descomponga en *Brahma*, en el masculino *Visou* ó *Vichnou*, y *Routren* ó *Siva*, que significan creacion, conservacion y destruccion; poco importa que, como el culto hebreo le llama con Moises *Jeve;* poco importa que los Persas, siguiendo el culto de Zorpastro, le haya llamado *Ormuzd*, dividiendo el ternario divino en accion, en palabra y en pensamiento, nombrando á los siete arcángeles ó los Eloim de Moisés, los siete

amschaspands; poco importa que entre los Griegos se le haya llamado el desconocido: poco importa que nuestros padres los Galos ó Gaels le hayan llamado, con los Druidas, sus padres, *Hesus* ó *Crom*, dividiendo el ternario en Bélon, Bel-Héol de rayos de llama, dios del Sol: en Koridven, ó la diosa de la Luna, y en Gwion, padre del gran Taliesin ó del gran iniciador de la ciencia: poco importa, en fin, que este ternario psicológico de poder, de inteligencia y de amor, [1] sea llamado Padre, Hijo y Espíritu Santo: por todas partes el fondo es el mismo, y se resume en un solo Dios.

¿Cuál no seria el aturdimiento de la humanidad entera, si llegase repentinamente el dia que rompiendo el velo del esoterismo religioso acabase por reconocer que jamas ha habido divergencia de opiniones sobre los puntos esenciales de *la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma, de la recompensa de los justos, del castigo de los malvados;* que las heregías no han sido mas que indiscreciones ó modificaciones sin importancia sobre accesorios indiferentes en sí mismos; que las querellas teológicas no han sido mas que disputas sobre palabras no comprendidas; que las guerras de religion no han tenido otro móvil que el orgullo queriendo imponer su sentido personal á estas palabras, y otro fin que el de sobreponerse una secta á otra: que las persecuciones y los autos de fé no han si-

1 Vease sobre la Trinidad, á Chateaubriand en sus *Estudios históricos* vol. II; Bossuet en sus *Elevaciones á Dios*, sobre los *Misterios de la religion cristiana*; Henríu Martin, en su *Historia de Francia* vol. I p 55.

do mas que los funestos efectos humanos de las envidias de las clases sacerdotales?

¿Con qué menosprecio no se verian estos hombres orgullosos, estos hijos de las tinieblas, que en nombre de un Dios de verdad, de inteligencia y de amor, no han temido derramar la sangre de sus hermanos para hacer triunfar sus opiniones personales, sobre las de sus adversarios, en lugar de contenerse en aquello que Jesus mismo decia reasumir toda la ley y los profetas: Amar á Dios sobre todas las cosas y á su prójimo como sí mismo? [1]

Retrayendo toda la religion á esta sencillez é ingenuidad de Jesus, [2] es como se llegará á resolver fácilmente el problema tan debatido, la armonía entre la fé y la razon, y como se hará prevalecer en la tierra ese reinado de Dios tan poco comprendido, que es el reinado de la verdad ó de la absoluta razon, de la justicia y de la fraternidad universal.

1 Luc. cap. VI, v. 27 y siguientes.—Mateo cap. XXII, v. 37, 38, 39. —Juan cap. XIII, v. 34.

2 *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.*—Mateo cap. XI, v. 29.